

Ante el volcán. La Iglesia en la Cuba prerrevolucionaria.

John M. Kirk
Dalhousie University, Canadá.

En los últimos años ha aumentado considerable y masivamente el interés por las iglesias y sus relaciones con las luchas de liberación política. En Filipinas, el cardenal Sin llegó a convertirse en la voz más crítica del régimen de Marcos, mientras en Polonia suele presentarse a la Iglesia como la gran opositora al régimen de Jaruzelski. Sin embargo, las iglesias que más interés han suscitado a este respecto son las iglesias de América Latina, en Chile, Paraguay, Brasil y, sobre todo, en Centroamérica.

El triunfo popular sandinista es lo que explica, hasta cierto punto, este nuevo interés por la actuación de las iglesias; pero también ha ayudado a que el interés sea cada vez mayor, la represión de los católicos en Guatemala, por ejemplo, o el surgimiento de la Iglesia popular o de los pobres en El Salvador y la figura inspiradora de Monseñor Oscar Romero. Pareciera que las agencias de prensa mundiales han "descubierto" el fenómeno revolución-religión y lo tratan de explotar hasta la última gota. De ahí su interés por convertir en noticia el papel del sacerdote en la guerrilla o la confrontación entre el Vaticano y la llamada "Iglesia popular" o la confrontación entre aquél y los que apoyan la teología de la liberación, y muchos otros fenómenos eclesiales que han convertido a la Iglesia en "noticia."

Esta novedad publicitaria tiene, sin embargo, serios vacíos. Tiende a concentrarse exclusivamente en los hechos o en los incidentes de los últimos ocho años, como el martirio de Mons. Romero, el de las religiosas estadounidenses, el de tantos sacerdotes comprometidos, como Rutilio Grande, o en la fracasada visita de Juan Pablo II a Centroamérica; o en las tensiones entre la jerarquía y las comunidades de base. Todo ello, aunque de por sí muy interesante e importante, no es más que un aspecto de la historia multifacética de la Iglesia en "Nuestra América," por usar la terminología martiana.

Este ensayo quiere llenar uno de esos vacíos y concentrarse en un momento coyuntural de esa historia tan rica; más específicamente, en la situación de la Iglesia católica cubana en la época anterior a otra de las grandes revoluciones de este siglo: la revolución cubana. Queremos examinar el papel que jugaba la Iglesia en la Cuba de los años cincuenta, su naturaleza, su composición y sus metas. Nuestra hipótesis es que, conociendo mejor la realidad de la Iglesia en ese período tan decisivo de la historia nacional cubana, mejor podremos comprender los conflictos, tan amargos, entre la Iglesia y la revolución a partir de 1960.

1. Un bosquejo histórico: la Iglesia cubana en la primera mitad del Siglo XX

Antes de comenzar el análisis de la década de los cincuenta, creemos que vale la pena echar un ligero vistazo a lo que había sucedido en la Iglesia cubana desde la lucha de la independencia y la mal llamada guerra hispano-norteamericana. En efecto, muchos de los rasgos predominantes en la época posterior tienen su origen en la situación eclesiástica de este período, tan importante en la definición de la nacionalidad cubana. Tomado en su conjunto, esto nos ayudará a comprender mejor la situación y actuación de la Iglesia en los años cincuenta.

Al comenzar la última fase de la guerra de la independencia de las fuerzas mambisas, en 1895, la Iglesia católica se encontraba en una situación de notable deterioro: materialmente pobre y hasta cierto punto olvidada por la "madre patria", la cual durante la época colonial había visto a Cuba como el lugar indicado para montar una campaña militar contra las otras colonias más ricas de América Latina. A lo largo de una historia de grandes conflictos entre autoridades militares y eclesiásticas en la isla, la Iglesia defendió tercamente su limitada influencia frente a cualquier "amenaza," verdadera o imaginaria, que creía enfrentar. Por otra parte, la calidad de los religiosos era tradicionalmente muy baja; y entre las varias órdenes religiosas habían surgido rivalidades que permanecieron profundamente arraigadas.

Con la excepción de los "años dorados," 1750-1850, cuando sí florecieron las vocaciones en Cuba (recordemos que en 1768 fue nombrado obispo de Santiago Hechavarría y Elguezúa, primer prelado cubano en casi 250 años de colonización,¹ y que en ese época el Colegio Seminario San Carlos y San Ambrosio, inaugurado en 1774, en el que trabajaban los ilustres profesores— y servidores nacionalistas— José Agustín Caballero, Félix Varela y Morales y José de la Luz y Caballero, se convirtió en símbolo vivo de las aspiraciones patrióticas), la Iglesia continuó ejerciendo su papel de protectora del *status quo*. Por eso, con muy pocas excepciones, la Iglesia mantuvo una actitud insensible hacia las pésimas condiciones de vida de los esclavos africanos,² observando así lo que la *Reflexión eclesial cubana* ha llamado "un silencio cómplice frente a muchas de las injusticias coloniales."³ En efecto, varios grupos eclesiásticos eran, por ejemplo, dueños de centrales azucareras y dependían del trabajo de los esclavos.

También es necesario recordar que las reformas liberales en España, 1833-

1840, tuvieron su impacto sobre la Iglesia cubana: se le quitaron muchas propiedades, los dominicos fueron expulsados de la universidad y se produjo un éxodo masivo de clérigos. Más tarde, a las autoridades eclesiásticas se les ofreció una compensación por estas medidas, pero exigiendo de ellas una actitud respetuosa hacia el gobierno de Madrid. Con notables excepciones (como la de Antonio María Claret, arzobispo de Santiago de Cuba de 1851 a 1856, quien predicaba un mensaje más crítico hacia el poder español y pedía mayor justicia e igualdad, y por eso tuvo que regresar a España tras 15 atentados contra su vida),⁴ la Iglesia llegó a la conclusión de que su deber consistía en salvar el alma de su grey y olvidarse de su cuerpo material. Y, dadas las ambiciones de las autoridades por el poder y después de haber pasado por tan malas situaciones, éstas aprendieron bien la lección.

Cuando estalló la lucha de la independencia, primero entre 1868 y 1878, y luego en la guerra de 1895-1898, la jerarquía católica trató visiblemente de evitar cualquier problema político con las autoridades militares. Conviene destacar importantes excepciones, como el caso de Pedro Nolasco Alberre, sacerdote de 82 años que fue deportado, o el de Francisco Esquembre, fusilado por supuesta traición. Pero en general la Iglesia decidió cuidar bien de sus propios intereses, llegando al extremo de cantar un *Te Deum* al anunciarse la muerte de los héroes cubanos José Martí y Antonio Maceo, de convertir templos en cuarteles para las tropas españolas y de hacer colectas especiales para ayudar a las autoridades españolas. En general, la jerarquía había sido cooptada y la vida religiosa había caído en un vacío estéril.

Es notable el saldo desfavorable, el cual podemos resumir con los siguientes datos: ignorancia en materia religiosa, indiferentismo religioso, escasez de parroquias fuera de la ciudad y destrucción de templos durante las guerras, escasez de clero cubano. Y lo más negativo: la Iglesia (manipulada) fue arrastrada a alejarse de los intereses y necesidades de su pueblo, sobre todo por la actitud de obispos y sacerdotes españoles muy apegados al antiguo estado de cosas en la isla.⁵

Desafortunadamente para ella, la Iglesia consolidó su posición, pero al precio de alinearse con un poder que, sencillamente, poco tenía ya que ver con la escena política contemporánea. Como resultado de haber apoyado a la corona, al ocurrir la derrota española, la credibilidad de la Iglesia desapareció en la sociedad cubana. Además, tras la intervención estadounidense regresó a España gran cantidad de sacerdotes españoles.

Los años de la intervención estadounidense (1899-1902) tuvieron como resultado una clara disminución de la autoridad eclesiástica: se eliminó, por ejemplo, el monopolio de la Iglesia sobre los matrimonios; se estipuló que se mantuvieran separados Iglesia y Estado y que no se otorgaran fondos para el mantenimiento de la Iglesia; se otorgó a las autoridades civiles el derecho de conceder el divorcio; se abrieron cementerios civiles y se establecieron escuelas

laicas. Poco a poco la Iglesia se fue dando cuenta de que, para volver a ganar respetabilidad, tenía que cambiar sus ideas y su estilo; es decir, tenía que modernizarse.

Durante las tres décadas siguientes la Iglesia trató, con bastante éxito, de mejorar su situación en Cuba. La promoción de sacerdotes nativos —caso poco frecuente antes— se convirtió en un hecho más habitual. También los colegios católicos —había 55 en 1914— ayudaron mucho a crear estrechos lazos de apoyo entre la Iglesia y la burguesía criolla (ahora con gran influencia, después de la derrota española). Finalmente las numerosas asociaciones socio-religiosas, que aun teniendo una vocación contemplativa se dedicaban también a ayudar a los pobres — aunque de forma netamente paternalista—, lograron crear una nueva base de participación social para la Iglesia.

En resumen, hacia los años treinta, la Iglesia llegó a tener una respetabilidad que no había alcanzado durante muchas décadas de evangelización. A través de asociaciones como los Caballeros Católicos, fundados en 1925, las numerosas ramas de la Acción Católica y la Agrupación Católica Universitaria (1931), y de una asombrosa red de revistas (como, por ejemplo, *San Antonio*, *Belén*, *La Anunciata*, *El Mensajero*, *Esto vir*, *La Salle*, *Don Bosco*, *Rosal Dominicó*, *Aromas del Carmelo*) y de crónicas religiosas en periódicos como el *Diario de la Marina*, *El mundo* y *El País*, la Iglesia llegó a conseguir un alto grado de aceptación social, sobre todo en los sectores urbanos de la burguesía.

Faltaba, sin embargo, una seria preocupación por la problemática social de Cuba, en parte porque el resurgir eclesiástico se debía a una nueva ola de inmigración española, interesada principalmente en buscar su fortuna y en olvidar la política. De ahí que la Iglesia apareciese apoyando fuertemente todo lo que fuese "caridad", pero, en general, pasando por alto la justicia social. Tampoco se encontrarán críticas eclesiásticas serias a la intervención estadounidense de 1906-1909, 1912, 1917-1920, a la corrupción y a los constantes fraudes electorales o a la brutal dictadura de Machado.

Todo esto explica cómo, a un nivel superficial, la situación de la Iglesia quedó aparentemente consolidada. En efecto, los líderes católicos, ampliamente aceptados, fortalecieron su posición social a través de las iglesias y de las numerosas asociaciones que resurgían en estas décadas. Pero, por otra parte, la Iglesia ofrecía la imagen de ignorar los serios problemas de su alrededor; y, una vez más, se limitaba a atender los intereses de una minoría poderosa, sin hacer caso de las grandes mayorías, sobre todo de los campesinos y de los negros.⁶ La historia amenazaba, otra vez, con repetirse. Mientras tanto, muy satisfechas de su posición social, tan respetada, las autoridades eclesiásticas prefirieron no atender a los graves problemas nacionales.

Durante las décadas de los cuarenta y los cincuenta estas tendencias se agudizaron. La Iglesia se afianzó y fue cada vez más respetada, pero se negó a comprometerse con "lo terreno", dejando de lado los aspectos políticos. Excepción

muy notable fue el arzobispo de Santiago de Cuba, Enrique Pérez Serantes, prelado muy consciente del sufrimiento de los campesinos. Pero para la Iglesia en general, éste era el momento de armonizar, de buscar relaciones mutuamente provechosas con los presidentes Grau San Martín, Prío y Batista. En el caso del dictador Batista, tras el golpe de Estado de 1952, hubo una relación especialmente respetuosa, resultado, según muchos, de la generosidad manifiesta de la segunda mujer de Batista.

De esta forma, poco antes de la revolución encabezada por Fidel Castro, la influencia política de la Iglesia iba en aumento, tras tres décadas de desarrollo eclesial y socio-económico. Después de haber estado marginada durante buena parte de su historia, la Iglesia vio cómo las últimas tres décadas le deparaban un cambio muy dramático, lo que convenció a muchos de la necesidad de consolidar su posición social y de alejarse de cualquier crítica al *status quo*. Esta postura ayudó, de momento, a proteger sus propios intereses, pero traería después muchas dificultades a la Iglesia, sobre todo a partir del segundo año del proceso revolucionario, cuando la polarización socio-política se hizo cada vez más aguda.

2. La Iglesia y la lucha contra Batista

El asalto al Cuartel Moncada en Santiago de Cuba, el 26 de julio de 1953, por Fidel Castro y sus compañeros, y las brutalidades cometidas después por las fuerzas militares del cuartel, ayudaron a despertar a la Iglesia, desafiándola a que condenase tales acciones. Pero, incluso entonces, la jerarquía en general se resistió a responder a tal desafío otra vez con la excepción notable del arzobispo Pérez Serantes, quien se dirigió a las autoridades militares, pidiendo clemencia para los rebeldes y pidiendo, incluso, garantías para que los capturados no fueran torturados o asesinados. Su activa participación, como bien se sabe, le salvó la vida a Fidel Castro, cuyo padre —otro gallego— era amigo íntimo del arzobispo.

Aunque existen diferentes opiniones sobre la contribución de la Iglesia a la caída de Batista, lo que sí se puede afirmar, respecto a la Iglesia cubana de esa época, es que no había ninguna política oficial sobre el "caso cubano": los seis obispos, trece organizaciones laicas, numerosas órdenes, colegios, instituciones sociales, publicaciones y el nuncio del Vaticano, Mons. Luis Centoz, todos tenían opiniones totalmente diferentes en cuanto al papel y las obligaciones que la Iglesia debía desempeñar.

En términos generales, existían, al parecer, tres grupos de católicos en esa época. Aunque constituía una muy clara minoría, había un grupo muy vigoroso de laicos, apoyado por Pérez Serantes y, hasta cierto punto, por los obispos Evelio Díaz (La Habana) y Alberto Martín (Matanzas). Eran grupos como la Juventud Católica, la organización de los Jóvenes Obreros Católicos y la mayoría de los sacerdotes seculares cubanos. Eran bien conscientes de la brutalidad batistiana (hay que recordar que varios —incluso el Cardenal Manuel Arteaga— fueron víctimas de la violencia oficial) y de la problemática del país, pero no poseían

ninguna plataforma unificada ni ningún enfoque común para tratar estos problemas.

Otro grupo, con una visión política totalmente distinta, se movía en torno a los obispos Carlos Riu Angles (español, obispo de Camagüey), y Martínez Dalmau, de Cienfuegos. Este estuvo tan comprometido con la dictadura de Batista, que poco después de la victoria popular, tuvo que salir de Cuba, en enero de 1959. Este grupo tenía el apoyo de muchos de los sacerdotes españoles, así como de los líderes de la influyente Agrupación Católica Universitaria y de la administración de la Universidad Villanueva. A esta heterogénea "coalición" pertenecían también los hacendados y ganaderos — además de la burguesía urbana — quienes, a pesar de los excesos de Batista, preferían la situación existente a una revolución que pudiera reducir sus ganancias.

En medio de estas posiciones extremas se encontraba la mayoría católica, la cual o se resistía a mezclar la política con la religión, o se mantenía indiferente ante la situación nacional. Su portavoz era el cardenal Arteaga — el primer cardenal cubano de la historia —, quien en vano trataba de buscar una solución negociada para los grandes problemas socio-políticos, intentando un "diálogo" y una "reconciliación" imposibles.

De estas tres tendencias conviene destacar el papel desempeñado por los católicos del primer grupo, ya que a la luz de la historia de las relaciones resultantes, bastante difíciles, entre Iglesia y Estado, se ha tendido a olvidar la importancia de su contribución. Aunque estos cristianos sólo eran "una minoría dentro de una minoría," su participación en la insurrección, a varios niveles, fue clave. El símbolo mejor conocido de dicha participación católica fue el P. Guillermo Sardiñas, quien, aparentemente con la aprobación de la jerarquía, dejó su parroquia en la Isla de Pinos — ahora Isla de la Juventud — para ir a la Sierra Maestra como capellán del ejército rebelde. Por el papel tan activo que jugó, se le confirió el grado de comandante; y, después de la derrota de Batista, siempre llevó una sotana verde olivo, con su estrella de comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Otros sacerdotes también sirvieron como capellanes del ejército rebelde, por ejemplo, los padres Maximino Bez, C.M., Ribas, Cánepa, y Lucas Iruretagoyena, O.F.M.; mientras otros, como los padres Francisco Beristáin y Jorge Vez Chabebe, Moisés, y Madrigal — tesorero del 26 de julio en la Habana hasta que tuvo que exiliarse en 1958 —, también ofrecieron una valiosa contribución.⁷

Desde la muerte de José Antonio Echeverría, dirigente estudiantil católico, en 1957, el laicado progresista había aumentado su oposición a la dictadura. Conviene aquí destacar la participación de muchos dirigentes de la JOC en la huelga de abril de 1958. Es necesario recordar, sin embargo, dos aspectos importantes: primero, que estas personas participaron en la lucha como *individuos* católicos que querían derrotar a Batista, y no como portavoces oficiales de la Iglesia; y, segundo, que sólo constituían una pequeñísima minoría dentro del catolicismo

cubano, y a veces fueron tratados con hostilidad por sus correligionarios, precisamente por su actitud comprometida.

También vale la pena recordar la posición de la jerarquía católica, sobre todo en 1958, cuando arreció de nuevo la represión de las fuerzas batistianas. El cardenal Arteaga, a pesar de haber sido atacado él mismo físicamente por un alto oficial de la policía, seguía participando —al lado de Batista— en las ceremonias oficiales, por ejemplo, en las inauguraciones de los edificios públicos. En febrero de 1958, frustrado por la falta de iniciativa de sus colegas, el arzobispo Pérez Serantes convocó a una reunión para analizar la crisis política y para decidir la posición de la jerarquía. Apoyado por los obispos Martín Villaverde y Evelio Díaz, exigió una declaración sobre la dictadura menos ambigua que la que querían promover sus colegas; pero la oposición, Martín Dalmau, de Cienfuegos, y Riu Angles, de Camagüey, la rechazó. El resultado fue una carta pastoral, publicada el 25 de febrero, que mantenía la postura "apolítica" de la mayoría.⁸ Por su parte, Pérez Serantes reaccionó de forma indignada ante un documento tan suave: "yo no planteé mi propuesta en esos términos confusos y ambiguos, ni mencioné ningún 'gabinete de unidad' nacional, como ahora se pretende hacer. Yo pedí un cambio de gobierno, lo que incluye la salida de Batista."⁹

Esta falta de unidad entre los dirigentes eclesiásticos fue un rasgo típico del papel político de la Iglesia durante el año anterior a la victoria de Fidel Castro. La jerarquía, al mantener posturas tan claramente contradictorias sobre la responsabilidad de los católicos ante los continuos abusos de Batista —hasta cierto punto era el resultado de su deseo de proteger sus propios intereses—, perdió la oportunidad de un nuevo acercamiento entre los obispos y el pueblo, sobre todo porque muchos laicos y sacerdotes seculares, al ver la naturaleza del conflicto, ya habían asumido plenamente sus compromisos morales. Para muchos católicos resultaba inaceptable que, ante la represión y el asesinato repetidos —hay que recordar que murieron 20.000 cubanos en la lucha contra Batista— la jerarquía —con la excepción notable de Pérez Serantes— no emitiera ninguna declaración firme al respecto. Finalmente, en diciembre de 1958 le tocó al P. Belarmino García decir en público lo que muchos católicos progresistas pensaban sobre la postura de la jerarquía:

La jerarquía eclesiástica [...] ha dejado indefensa a la grey católica, llegando incluso a insinuar una acusación de indisciplina y rebeldía por la actitud de sus mejores sacerdotes y fieles ante el peligro gravísimo de la nación. Los altos dignatarios eclesiásticos han profesado o simulado públicamente una inconcebible indiferencia ante los hechos nefastos que los cuerpos de represión, alentados y premiados por el supremo poder del gobernante *de facto*, han hecho exhibición alardosa de atropellos y crueldades que ultrajan la dignidad humana y ofenden sacrilegamente al espíritu cristiano en lo más esencial de la moral.¹⁰

Si bien es cierto que, dados los acontecimientos históricos de 1959 a 1961, es

improbable que la Iglesia hubiera jugado un papel de gran importancia en la Cuba revolucionaria, también es cierto que una Iglesia más unida y más progresista hubiera conferido a la Jerarquía un grado de credibilidad que, debido a su indecisión, ya no poseía.¹¹

3. La Iglesia en 1958: un perfil socio-económico

Aunque sea interesante destacar la visión y actitud de figuras como el P. Sardiñas o el cardenal Arteaga, conviene recordar que ellos no representaban a la Iglesia *per se*, sino más bien, eran ejemplos de una minoría que, de una forma u otra, iba forjando un camino posible para los fieles. Por eso hay que preguntarse cómo era esa masa nebulosa que puede llamarse "la Iglesia" ¿Cuáles eran las diferencias sociales o étnicas existentes entre sus diversos rangos? ¿Cuán homogéneo era el cuerpo de los 700 sacerdotes y 2.000 religiosas? ¿Qué diferencias económicas existían entre el sector urbano y el campo? En fin, ¿cómo se puede definir —si eso es posible— el papel de la Iglesia en la Cuba de 1958?

Si nos fijamos, en primer lugar, en los agentes cualificados de pastoral, sacerdotes, religiosas y religiosos, es muy obvio que existía un "prototipo," hecho demostrado claramente por el documento del episcopado cubano publicado en marzo de 1955. En primer lugar, la gran mayoría de los sacerdotes y religiosas eran extranjeros, españoles sobre todo. Solamente 95 de los 200 sacerdotes diocesanos, 30 de los 461 religiosos sacerdotes, 75 de los 329 religiosos no sacerdotes, 441 de las 1,549 religiosas y 115 de las 323 Hijas de la Caridad eran de origen cubano. En otras palabras, debido, en gran parte, a la falta de vocaciones nativas, la abrumadora mayoría de los sacerdotes, religiosos y religiosas eran extranjeros, y, específicamente, españoles. La presencia de tantos españoles — como ocurrió en el siglo pasado — causaba naturalmente bastante fricción, sobre todo entre los clérigos con sentido nacionalista. Además, conviene recordar que casi todos ellos habían sido formados en la España fascista del franquismo con un rechazo visceral contra cualquier tipo de filosofía izquierdizante —factor importante a tener en cuenta en la confrontación entre la Iglesia y el Estado a partir de 1960, la cual llegó a un clímax con la presencia de varios sacerdotes españoles entre los invasores de Playa Girón en abril de 1961.¹²

También es interesante notar el tipo de tareas a las cuales dedicaban la mayor parte de su tiempo estos sacerdotes y estas religiosas. En el mismo informe del episcopado cubano de 1955, resulta sorprendente constatar que la tercera parte de los religiosos sacerdotes se dedicaban a la enseñanza (153 de 461). En el caso de los "religiosos no sacerdotes" esta cifra alcanzó el 90 por ciento (299 de los 329 eran maestros), mientras que 1.209 (de 1.872) religiosas también estaban dedicadas a la enseñanza. Nada habría que censurar en este interés por la enseñanza, si no fuera por las preguntas ¿educación para quiénes? ¿De qué tipo? Un número reducido se dedicaba a obras sociales (por ejemplo, 30 de los 329 "religiosos no sacerdotes" se ocupaban del Sanatorio y de la Clínica Infantil), aunque el porcentaje se elevaba notablemente en la religiosas, casi la mitad de ellas —136 de unas 323— trabajaba en "diversas obras de beneficencias y apostolado." De esta forma

podemos ver cuáles eran las prioridades de la Iglesia pocos años antes de la revolución cubana.

Aunque había interés real en varios sectores de la Iglesia por ayudar a los menos favorecidos —véase la última página del informe del episcopado cubano—,¹³ es evidente que se ponía mayor énfasis en la enseñanza en los colegios, en su gran mayoría de pago. Con pocas inversiones, con pocas propiedades en el campo y teniendo en cuenta la separación de la Iglesia y el Estado desde la intervención estadounidense, queda claro que la fuente principal de los ingresos eclesiásticos tenían que ser los colegios de pago. Dichos colegios, además, moldeaban la fe del estudiantado —cuya gran mayoría pertenecía a la burguesía— no sólo protegiendo la postura social de la Iglesia, sino también promoviendo vocaciones religiosas.

Los autores de la citada *Reflexión eclesial cubana* indican que varios de los colegios eran gratuitos, mientras que otros otorgaban becas a los estudiantes más necesitados, lo cual es cierto.¹⁴ Sin embargo, hay que tener en cuenta que los 212 colegios católicos, con un estudiantado de unos 61,960 alumnos (además de la Universidad de Santo Tomás de Villanueva con otros 1,000 estudiantes), la gran mayoría eran de pago. Por eso tiene razón el católico Manuel Fernández —ahora exiliado en España— al afirmar que "en Cuba predominaba una educación religiosa clasista."¹⁵

La naturaleza elitista de esta educación se aprecia mejor al conocer, por ejemplo, las estadísticas con respecto al analfabetismo: al nivel nacional era del 23.6 por ciento, siendo mucho más alta, por supuesto, en las zonas rurales. Muchos se preguntaban con frecuencia si la Iglesia no sería más efectiva concentrando sus esfuerzos en las regiones más necesitadas. Para los campesinos, desgraciadamente, la influencia religiosa en cualquier actividad de relevancia social era mínima. Incluso, a pesar de las opiniones de Carlos Manuel de Céspedes, secretario general de la conferencia episcopal, las campañas misionales fueron en general muy limitadas.¹⁶

En resumen, la Iglesia se desprecupó deliberadamente de las zonas rurales, y decidió concentrar sus esfuerzos en el sector urbano, donde dedicó su atención, principalmente, a la burguesía. Al fin y al cabo, éste era el sector que más apreciaba y respetaba; y, además, allí encontraba los fondos necesarios para su desarrollo. Mientras tanto, el campesino vivía en condiciones muy difíciles y con poca atención de la Iglesia. Poco a poco se fue alejando de ella.

Para ilustrar la situación de la Iglesia en el campo, basta con revisar dos encuestas de reconocida seriedad, y ampliamente divulgadas, que realizó la Agrupación Católica Universitaria en 1954 y 1957 respectivamente. De acuerdo a estas encuestas, por ejemplo, el 72.5 por ciento de los encuestados se declaraban católicos, pero en el campo el porcentaje bajaba al 52 por ciento, mientras que el 41 por ciento de los campesinos se declaraban indiferentes a cualquier afiliación religiosa.¹⁷ Una clara mayoría de los encuestados creía en la existencia de Dios (el 96.5 por ciento más o menos),¹⁸ pero sólo un porcentaje bajísimo practicaba

la religión. En el campo, por ejemplo, el 91 por ciento de todos los niños recibían el bautismo, pero sólo el 50 por ciento hizo su primera comunión, y no llegaban al 16 por ciento los matrimonios celebrados en la Iglesia.¹⁹

Algunos investigadores, por el afán de mostrar al pueblo cubano de esa época como una nación católica, han pasado por alto los resultados de estas encuestas que no encajan en sus presupuestos. Así, por ejemplo, la sección de la encuesta sobre la asistencia a misa muestra claramente una aceptación muy pobre de esta práctica religiosa.

Son también significativas las respuestas de los campesinos a la pregunta

Asistencia a misa del jefe de familia de trabajadores agrícolas (1956)

Número de veces al año	Individuo (%)
0	93.47
1	2.64
2	1.83
3	1.32
4	0.74 ²⁰

sobre su relación con el párroco. Un 7.81 por ciento lo consideraba "amigo personal" o "amigo," un 1.94 por ciento "no lo trataba" y un 36.74 por ciento "lo conoce de vista." Pero lo sorprendente es que el 53.51 por ciento *declaró no haberlo visto nunca* (énfasis mío).²¹ Entre los campesinos católicos, aunque unos, el 12.26 por ciento, lo veían como "amigo personal," el 27.31 por ciento "no lo ha visto nunca."²² Esto muestra claramente que la presencia católica entre los sectores marginados dejaba mucho que desear, y que los campesinos que se confesaban católicos tenían forzosamente que practicar una religión bastante superficial.²³ No sorprende entonces que, ante la pregunta, "¿qué institución cree el trabajador agrícola que puede mejorar su situación," solamente el 3.43 por ciento prefirió a la Iglesia, por debajo del 4.30 por ciento que optaba por la masonería.²⁴

En las ciudades, en cambio, aunque existían grandes diferencias entre barrios ricos y pobres, había por lo menos una identidad católica. Las figuras eclesásticas se hacían visibles en muchos actos oficiales; a la Iglesia se le prestaba bastante atención en la prensa, además de aparecer en algunos programas de televisión y radio; los colegios católicos tenían prestigio; había peregrinaciones masivas, como la de San Lázaro, y otras manifestaciones de religiosidad popular; y las iglesias, en general, estaban bien concurridas. En una palabra, la realidad en la ciudad era completamente diferente a lo que ocuparía en el campo.

La vida religiosa en la capital, según las crónicas diarias de *El Mundo* o el *Diario de la Marina*, aparecía con frecuencia íntimamente ligada al mundo de la alta sociedad habanera. El "Mundo Católico" del periódico cotidiano *El Mundo*, por ejemplo, aparecía normalmente en el suplemento "Mundo habanero."²⁵ Esto no era una mera coincidencia, especialmente si se recuerda que, para proyectar la imagen de la Iglesia, el cardenal Arteaga se mantenía a la vista del público, inaugurando edificios públicos, con frecuencia acompañando a autoridades del gobierno, y haciendo visitas de cortesía.²⁶ Los lazos entre la alta jerarquía y el gobierno de Batista se fortalecían incluso más allá de lo que podían permitir las actividades caritativas de la esposa del presidente, Martha Fernández de Batista, quien, sólo para guardar las apariencias y de forma superficial, hacía donaciones, muy públicas, a la Iglesia.²⁷

Hacia fines de los cincuenta, el ser católico era una especie de moda en la alta sociedad, fenómeno que se reflejaba muy elocuentemente en los periódicos. Así, el *Diario de la Marina*, por ejemplo, siempre ponía el nombre del santo después de la fecha que encabezaba la página. "Domingo de Resurrección," el 6 de abril de 1958, venía seguido de "Santos Celesino, Celso, Urbano y Marcelino." También era frecuente, sobre todo en este mismo periódico, el más antiguo de Cuba, encontrar noticias sociales de la comunidad española —con anuncios referentes al centro gallego, castellano, asturiano, etc. en la misma página de la columna religiosa diaria de Juan Emilio Friguls. Esta yuxtaposición se acentuaba todavía al publicar noticias de sacerdotes que regresaban de veranear en la patria española, y anuncios de las actividades de organizaciones tales como las Hijas de Galicia, la Asociación Canaria o la Asociación Vasco-Navarra de Beneficencia.

Claro está que también había "activistas religiosos" quienes exigían que la caridad fuera acompañada de la justicia social, pero constituían un número muy reducido, y en general su repercusión en la dirección de la Iglesia católica era muy escasa. Ya hemos mencionado las actividades muy importantes de la Acción Católica, a lo cual hay que añadir las escuelas gratuitas, la campaña "Un techo para el pobre" de los miembros de San Vicente de Paúl,²⁸ los dispensarios médicos,²⁹ el servicio de desocupados de la JOC, cuyo lema era: "El mejor regalo para la JOC, ¡Dar trabajo a un joven obrero!",³⁰ o la fundación, en varias parroquias, de la sociedad Alcohólicos Anónimos.³¹ Todo esto se debe tener en cuenta al hacer un balance del papel de la Iglesia en esa época tan clave para el pueblo cubano.

Al hacer este tipo de análisis hay que recordar que, como en otras partes del mundo católico, en esta época pre-conciliar había pocas personas que pudieran imaginar siquiera cuán importantes serían las consecuencias de los cambios radicales promovidos por Juan XXIII. En Cuba, existía, por una serie de factores ya mencionados, lo que Ernesto Cardenal ha llamado "la Iglesia más reaccionaria en América Latina."³² Eran poquísimos los católicos preparados para aceptar el *aggiornamento* del Concilio Vaticano II. Simplemente la Iglesia se preocupaba de predicar una religión espiritualista, apartada claramente de la triste realidad en la

cual vivían la mayoría de los cubanos y, al mismo tiempo, de proteger su recién descubierta respetabilidad. Por ello, no debiera sorprender que en 1955 el directorio oficial de la diócesis de Cuba declarara que "casi toda la emoción de la catolicidad cubana ha girado en este año alrededor de dos acontecimientos: el centenario de la declaración dogmática del misterio de la Inmaculada Concepción 1854-1954 y las bodas de oro sacerdotales de su Eminencia el Cardenal Arzobispo de la Habana."³³ Dos años más tarde, el padre Chaurondo, quien, por otra parte, tenía fama de progresista y visitaba con frecuencia a los presos en las cárceles, se concentró en dos novedades eclesiales: el nuevo estilo de edificios religiosos y la "terrible lucha contra la infiltración protestante."³⁴ Dados los grandes problemas que tenía Cuba en ese momento, la represión de la dictadura, la alta tasa de desempleo, las pobres condiciones de vida sobre todo en el campo,³⁵ el hecho de que la Iglesia se preocupara de la fachada de los templos o de la competencia de los protestantes, aparece —mirándolo, claro está, con la gran ventaja de la perspectiva post-conciliar— como un lamentable error estratégico, por decir lo menos.

Entre tanto, e ignorante de las repercusiones del pontificado de Juan XXIII, la Iglesia cubana continuó su marcha en la misma dirección. Seguía teniendo gran éxito el programa de televisión del padre Jaime de Aldeaseca, "Mientras el mundo gira;" se publicaba en la columna del *Diario de la Marina* la "Guía moral del cine" (en el número del 10 de enero de 1958, a la película *Emboscada en la noche* se le otorgaba una calificación de "A-1," clasificando a otra película, *La reina del strip tease* con la nota más baja, una "C"); tenían lugar muchas procesiones, como la de antorchas para celebrar el centenario de la aparición de Lourdes; se daban los ejercicios espirituales; se organizaban festivales deportivos "en beneficio misional;" incluso surgió la idea de que "los Pepes y las Josefinas levantaran un templo a su patrón San José;" se organizó una "Cruzada moral en el vestir;"³⁶ abundaban las "Jornadas de penitencia y oración" y las vigili-
as de la Adoración Nocturna Cubana; se organizaban almuerzos de ex-alumnos del colegio Belén y de otros colegios prestigiosos; y había muchísimas ceremonias para bendecir los ventanales de los templos o los nuevos repartos residenciales. Era simplemente la vida religiosa de una minoría de la población, la cual se movía sólo dentro de su círculo hermético, mientras afuera reinaba la injusticia y la represión.

Salvo algunas excepciones, pues, no existía una verdadera comprensión de la justicia social, ni mucho menos de la necesidad de implantarla en Cuba. Había sí, semanas misioneras, para Cuttack, en India, por ejemplo, pero los dirigentes eclesiásticos parecían estar increíblemente ciegos a la realidad de su propio país. Como indicio anecdótico podemos mencionar la colecta especial que se hizo el 22 de febrero de 1959 en cinco parroquias de la diócesis de Pinar del Río, en otras cuarenta de la arquidiócesis de la Habana y en treinta y ocho iglesias, capillas y colegios, para ayudar a las regiones más dañadas por la reciente guerra civil, en la cual, recordémoslo, murieron unos 20.000 cubanos por derrocar a Batista. En

total, después de una campaña que recibió bastante publicidad, sólo se recogieron 4.903.50 dólares, lo cual evidencia que el cristianismo comprometido no andaba nada bien. Refiriéndose a esta triste situación de la Iglesia, un sacerdote jesuita, en la reseña de un libro recién publicado entonces, indicaba la necesidad de cambiar la superficialidad cristiana:

Imposible reproducir todos y cada uno de los casos expuestos por el Padre Freixedo. En interesante y, para los de arriba, vergonzoso desfile cruzan por las 104 páginas los ejemplos reales, vivos [...] de jóvenes trabajadores, y trabajadores víctimas de un medio social egoísta y farisaico que se autotitula "*cristiano*," cristianismo que se lleva como una capa que queda en el interior de los templos dominicalmente, o en la bandeja de la colecta.³⁷

Desgraciadamente para la Iglesia —en vísperas de los cambios radicales que sacudirían a Cuba en 1959, y de los cambios eclesiales, que también tendrían un tremendo impacto sobre la Iglesia misma, entre 1962 y 1965— parecía que nadie escuchaba...

4. Conclusión

Al terminar esta aproximación a la Iglesia cubana antes de la revolución y del concilio, se ofrecen dos interpretaciones radicalmente opuestas, cada una de ellas representando los puntos fuertes y los puntos débiles de esta Iglesia. Para los autores de la *Reflexión eclesial cubana* no cabía duda alguna: "la obra evangelizadora de la Iglesia en Cuba alcanza su período más luminoso y popular en esta etapa de 1899-1959."³⁸ Para ellos hay muchos avances muy importantes que notar: la "cubanización" del clero, el trabajo abnegado de sacerdotes no cubanos, sobre todo de los "españoles con gran amor a Cuba," la religiosidad popular, la organización de la Acción Católica, la construcción de nuevos templos, la respuesta de la Iglesia a "las necesidades primarias de educación, salud, cuidado de niños y ancianos y otras obras sociales,"³⁹ el surgimiento de las misiones, concentrando su atención en el campo, en fin el "aumento del nivel de catolicismo en Cuba y su compromiso con las aspiraciones y necesidades de nuestro pueblo."⁴⁰ Hasta cierto punto no cabe duda de que tienen razón, pues sí se realizaron en ese tiempo grandes proyectos, aunque tal vez no de la extensión indicada por los autores de la *Reflexión*. Otra perspectiva muy distinta es la que simboliza el gran poeta cubano, Nicolás Guillén, en un poema irónico "A la Virgen de la Caridad," dedicado a la patrona de Cuba:

Virgen de la Caridad,
que desde un peñón de cobre
esperanza das al pobre
y al rico seguridad.
En tu criolla bondad,
¡Oh madre!, siempre creí,
por eso pido de ti

que si esa bondad me alcanza
des al rico la esperanza,
la seguridad a mí.⁴¹

Hasta cierto punto en ambas interpretaciones hay mucho de verdad. Es cierto que la Iglesia realizó grandes progresos sociales y que comenzó a cuestionar la problemática nacional, pero también es verdad que la "línea oficial" seguida por la mayor parte del clero era mantener el *status quo*, no arriesgar lo que había conseguido en las últimas décadas —después de muchos altibajos históricos—, y predicar una fe que poco tenía que ver con la realidad cubana.

Es fácil juzgar hoy el comportamiento de esta Iglesia, después de unos 26 años; pero no hay que olvidar que en el contexto de aquel entonces la realidad era mucho más compleja. Era una época de guardar apariencias, de paternalismo a nivel político y religioso,⁴² de dominación económica y cultural por parte de Estados Unidos, de racismo manifiesto, incluso dentro de la iglesia⁴³, y de temor a una ruptura radical con el *status quo*. Hay que reconocer que la Iglesia, influida por una línea pastoral conservadora, fortalecida ésta, a su vez, por la presencia tan fuerte del clero español, y deseosa de proteger sus propios intereses, no estaba preparada en modo alguno para enfrentar los grandes cambios sociales, que entonces se estaban gestando, ni a nivel nacional, ni a nivel eclesial, con las reformas del concilio. A pesar de advertencias y críticas que hacían los mismos intelectuales católicos,⁴⁴ prefirió esconder la cabeza y no hacer caso de la realidad circundante. Si intentamos sintetizar todas estas facetas de la situación de la Iglesia "al borde del volcán," no podemos, tal vez, encontrar una palabra más articulada ni más precisa que la del arzobispo Pérez Serantes, quien admitió poco antes de su muerte: "todo lo que nos está pasando es providencial [...] confiamos más en nuestros colegios que en Jesucristo."⁴⁵

Notas

1. Un historiador ha notado que a fines del siglo XVIII había unos 700 sacerdotes regulares y seculares, y que en la Habana (con unos 75.518 habitantes) había unas 33 iglesias, 10 conventos, 8 hospitales, 2 escuelas, una universidad y un seminario. Véase Manual P. Meza, "The Cuban Catholic Church: True Struggles and False Dilemmas," tesis doctoral de la Universidad Georgetown, Washington, D.C., 1982, p. 28.
2. El académico cubano Jorge Ibarra ha indicado que entre 1790 y 1820 fueron importados aproximadamente unos 227.000 esclavos, y que en 1841 había ya unos 436.500 en Cuba, cifra que representaba el 43.3 por ciento de la población total. Véase Ibarra, *Historia de Cuba*, La Habana: Dirección Política de las F. A. R., 1967, p. 129.
3. *Reflexión eclesial cubana*, Comisión de Historia, "Desde la fundación de San Carlos hasta 1902," manuscrito multicopiado, La Habana, sin fecha, (¿1985?) p. 9.
4. Juan Martín Leiseca, *Apuntes para la historia Eclesiástica de Cuba*, La Habana: Talleres Tipográficos de Carasa y Cía., 1938, p. 159.
5. Reflexión eclesial cubana, "Historia de la Evangelización en Cuba; Parte II: Período de 1899 a 1959," p.1. Además, como muestra el "Manifiesto del clero cubano nativo" (suscrito por 52 sacerdotes cubanos), iban surgiendo grandes divisiones entre los religiosos españoles y cubanos: "la misma razón... que ha tenido el pueblo cubano para haberse levantado en armas, la tiene el clero nativo para no querer depender ya jamás del clero español; no por soberbia, ni rencoros

indignos de un pecho cristiano sino aleccionados por una dolorosa experiencia de más de dos centurias; porque de el clero no hemos recibido más que vejámenes en castigo del inmenso amor que siempre hemos profesado a este pedazo de tierra en que nacimos, sucumbiendo los unos, como los Esquemeros, bajo el plomo homicida y lanzados los otros al destierro como los Varelas, Santanas, Fuentes, Valdés, Castañeda, Claras... y tanta muchedumbre de sacerdotes cubanos, por el horrendo crimen de haber pensado con la cabeza y sentido con las entrañas del noble pueblo cubano. Tal es la razón del reducido o impotente número de clero nativo, por milagro existente, porque se ha querido aniquilarnos por todos los medios posibles, para dominar el clero español exclusivamente sobre la conciencia cubana y remachar sus cadenas." Citado en *ibid.*, pp. 1-2.

En esta publicación hecha por los investigadores de la *Reflexión eclesial cubana*, se destacan las principales dificultades de la Iglesia al terminar la dominación española: alejada de los anhelos y necesidades del pueblo; empobrecida por las guerras y la escasez de sacerdotes cubanos; acusada de reacia a la independencia; amenazada por otras instituciones e ideologías; aparición de las denominaciones cristinas no católicas que en adelante estarán presentes en el panorama religioso de Cuba (p.9).

6. Es digno de mención el racismo que se practicaba dentro de la sociedad cubana, ya que hasta 1942 no se ordenó el primer sacerdote negro, el padre Amando Arencibia, a quien antes el arzobispo de La Habana, Mons. Manuel Ruiz, se había negado a ordenar, al parecer porque se creía que no sería "aceptado" por la sociedad cubana, (*ibid.*, p.22). Mientras el catolicismo "oficial" discriminaba a la población negra, en general ésta recurría a un sincretismo religioso católico-afrocubano, el cual se practicaba, y todavía se practica, con gran frecuencia, sobre todo en el campo.
7. Un importante artículo de la revista cubana *Bohemia* destaca con más detalle el valor de esta contribución. Véase "Catolicismo: La Cruz y el Diablo," *Bohemia*, año 51, No. 3, 18-25 enero, 1959, pp. 98-100.
8. "Exhortamos [...] a todos los que militan en campos antagónicos a que cesen en el uso de la violencia y a que busquen cuanto antes las soluciones eficaces, que puedan traer nuevamente a nuestra patria la paz material y moral que tanta falta le hace. A ese fin no dudamos que quienes de veras aman a Cuba sabrán acreditarse ante Dios y ante la historia, no negándose a ningún sacrificio para lograr el establecimiento de un gobierno de unión nacional que pudiera preparar el retorno de nuestra patria a la vida política pacífica y normal," *Ibid.*, p. 100.
9. *Ibid.*, p. 100.
10. *Ibid.*, p. 100 Véase también el segundo capítulo del libro reciente de Pablo M. Alfonso, *Cuba, Castro y los católicos*, Miami: Ediciones Hispamerican Books, 1985, pp. 23-41, y Manuel Fernández, *Religión y revolución en Cuba*, Miami: Saeta Ediciones, 1984.
11. El 13 de junio de 1959, el mismo Fidel Castro trató de suavizar la crítica a la jerarquía católica, sustancialmente porque quería obtener su apoyo para la reforma agraria: "nadie puede poner en duda la actitud de estos dirigentes de la Iglesia católica cuya firme conducta en momentos difíciles es bien conocida. Del gobierno revolucionario no han recibido ningún favor y no obstante eso se expresan en estos términos en apoyo a una ley tan justa... Con estas declaraciones, la Iglesia cubana se ha colocado en posición verdaderamente revolucionaria; es la Iglesia católica más revolucionaria en el orden social." Citado en Alfonso, *op. cit.*, p. 51 Un año más tarde, Fidel Castro cambió dramáticamente su opinión.
12. En enero de 1960 se publicó un artículo que analizaba una reunión de los superiores de todas las órdenes religiosas en Cuba con el embajador español. Portavoz de la reunión fue el claretiano Aristónico Ursa quien, entre otras cosas, defendió apasionadamente el gobierno de Francisco Franco: "ante semejantes evidentes atropellos del gobierno republicano-marxista, el pueblo español y su ejército se alzaron en armas contra la barbarie que asolaba la patria, en una guerra sustancialmente religiosa [...] Esta cruzada es el origen del actual Estado español, regido por un hombre *íntegramente católico*, el Generalísimo Francisco Franco Bahamonde." véase "Pero traen algo más," *Bohemia*, año, 52 No. 3. 17 enero, 1960, p. 62. Para tener una idea del número de sacerdotes españoles y su influencia, conviene tener en cuenta que eran españoles los superiores de los claretianos, franciscanos, jesuitas, dominicos, capuchinos, salesianos,

paulinos, escolapios, maristas, agustinos y redentoristas.

Un año más tarde, el P. Sardinas se refirió a este problema, reflejando los sentimientos de muchos sacerdotes cubanos: "es curioso y penoso a la vez que después de 60 años de república, varias provincias cubanas estén gobernadas por españoles. Tenemos al arzobispo de Santiago de Cuba, Monseñor Pérez Serantes; al de Camagüey, Monseñor Carlos Rúa, y al de Matanzas que también es español [...] De modo que el clero español es superior en número e importancia, al extremo de que el elemento cubano del sacerdocio se ha sentido cohibido, rebajado y casi coaccionado por esa influencia española tan grande." Véase el artículo, "Iglesia: de espaldas al pueblo," *Bohemia*, año 53, No. 21, 21 mayo, 1961, p. 61.

13. "El catolicismo social en Cuba abarca, por otra parte, una labor tan amplia, y en muchos aspectos desconocida, que obligaría a un trabajo cuya extensión nos veda los límites de éste; baste destacar que el catálogo de obras sociales realizadas por la Iglesia en Cuba abarca 225 instituciones, según el volumen publicado en 1953 por el Secretario Económico Social de la Junta Nacional de Acción Católica Cubana." Entre los ejemplos citados están "el Sanatorio 'La Milagrosa' [...], la Escuela Electromecánica de Belén [...], el Hogar 'Sor Petra Vega' del Cerro de los pp. Salesianos en Guanabacoa; la Escuela Gratuita de los Franciscanos en Miramar y la Parroquia del Cristo." Véase Hilario Chaurrondo, c.m., *Almanaque de la caridad: directorio oficial de las diócesis de Cuba (Año de 1958)*. La Habana: Iglesia de la Merced, 1958, pp. 9-10.
14. Véase la *Reflexión eclesial cubana*, "Historia de la Evangelización..." pp. 30-33.
15. Manuel Fernández *op. cit.*, p. 15. En su interesante libro cita unas estadísticas del *Anuario Pontificio de 1960*, indicando que había 339 colegios católicos, con una matrícula de 65.519 alumnos (p.18).
16. "Basta que recorráis el interior y veréis cómo en casi todos los pueblecitos existe la iglesia creada en el período anterior." Citado en Alfonso Comín, *Cuba, entre el silencio y la utopía*, Barcelona: Editorial LAIA, 1979, p. 329.
17. Citado en Mateo Jover Marimón, "The Church," en Carmelo Mesa-Lago, ed., *Revolutionary Change in Cuba*, Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1974, p. 400. Manuel Fernández, otro ex-dirigente católico, indica cómo la aceptación del catolicismo dependía del rango social: "Según sus resultados, el porcentaje de los que se declaraban católicos entonces, por clases sociales, era del 99% en la clase alta, el 88% en la clase media, y el 68% en los sectores de bajos ingresos," véase Fernández, *op. cit.*, p. 19.
18. *Ibid.*, p. 22.
19. Véase Jover Marimón, *op. cit.*, p. 400.
20. Véase Oscar A. Echaverría Salvat, *La agricultura cubana 1934-1966: régimen social, productividad y nivel de vida del sector agrícola*, Miami, Fla.: Ediciones Universal, 1971, p. 15. Las cifras para indicar la asistencia a misa de los campesinos que se declaraban católicos sólo eran un poco mejores: solamente el 4,25% declaró haber ido a misa más de 3 veces al año; el 3,49% de los encuestados asistió 2 veces; el 3,42%, una vez y el 88,84% de estos trabajadores católicos admitió no haber ido ninguna vez.
21. *Ibid.*, p. 15
22. *Ibid.*, p. 16
23. Un último ejemplo para mostrar esta tesis. Mientras que el 16,68% de las parejas entrevistadas se había casado en ceremonia eclesial (otro 34,82% en ceremonia civil, y la mayoría —48,50%— vivía en concubinato) por lo que toca a los "jefes de familia de trabajadores agrícolas católicos," las cifras eran un poco diferentes: 15,99%, 38,89% y 45,12%, respectivamente. Véase *Ibid.*, pp. 13 y 17
24. *Ibid.*, p. 24. El 68,73% optó por el gobierno; 16,72%, por el patrono; y 6,82% por el sindicato. Por todo ello difiere de la opinión de Manuel Fernández, para quien "no puede decirse que la acción pastoral de la Iglesia se redujese a la alta y media burguesía que frecuentaba los colegios católicos. La existencia de un clero rural permitió que la Acción Católica se extendiese a poblaciones remotas, incluso a algunas que carecían de cura estable y hasta de templo, haciendo así el laicado católico cubano una labor pastoral subsidiaria de mucha importancia en las capas sociales más bajas." Véase Fernández, *op. cit.*, pp. 15-16.

25. Véase la edición del 1 de octubre de 1958, por ejemplo. En ese suplemento aparece un artículo sobre la necesidad del rosario ("Todos los días del año el rosario debe ser nuestro compañero") y el deseo militante de extender el catolicismo a los infieles. ("Nada más hermoso en un católico que pensar en la extensión del reinado de Cristo. Ni tampoco nada a que esté más obligado" [p. B6].) En el mismo suplemento, sin embargo, hay referencias a varias bodas "del mejor rango social", noticias del "Instituto Cubano de Genealogía y Heráldica" (p. B4), y el aviso de que "una selecta representación femenina colmará hoy los elegantes dominios del exclusivo Country Club de La Habana para participar en el juego de canasta" (p. B1).
26. Véanse los artículos "Visita el Cardenal Arteaga al Presidente de la República," *Alerta*, 3 de mayo, 1952, p. 5, e "Inauguró el general Batista la nueva iglesia del Guatao," *Diario de la Marina*, 4 febrero, 1958, pp. 1A y 9B.
27. Véase por ejemplo su papel de "presidenta de honor" del comité organizador de la cuestación pública para apoyar el colegio "Don Bosco" de Guanabacoa, *Diario de la Marina*, 28 enero, 1958, p. 54, o el artículo de Juan Emilio Friguls, "Donación de la Primera Dama de la República," *Diario de la Marina*, 24 abril, 1958, p. 8a.
28. Véase Friguls, "Audiencia del Cardenal Arteaga a Vicentinos," *Diario de la Marina*, 22 mayo, 1958, p. 8A.
29. Véase "Dispensario Médico Dental Católico," *Diario de la Marina*, 26 mayo, 1958, p. 8A.
30. Véase el anuncio en el *Diario de la Marina*, 6 de enero, 1959, p. 3A.
31. Véase "Constituida la sociedad de alcohólicos anónimos en Cuba," *Diario de la Marina*, 9 enero, 1960, p. 11A.
32. Ernesto Cardenal, *In Cuba*, New York: New Directions Books, 1974, p. 97.
33. Hilario Chaurrondo, C.M. ed., *Almanaque de la Caridad: Directorio Oficial de las Diócesis de Cuba (Año de 1955)*, La Habana: Iglesia de la Merced, 1955, p. 5
34. Hilario Chaurrondo, C.M., ed., *Almanaque de la Caridad: Directorio Oficial de las Diócesis de Cuba (Año de 1957)*, La Habana: Iglesia de la Merced, 1957, p. 9.
35. Las propias encuestas de la Agrupación Católica Universitaria habían confirmado los resultados de los censos oficiales: el 43.09% de jefes de familia en el campo era analfabeto, y el 44.11% de ellos jamás había asistido a la escuela; solamente el 2.12% comía huevos y el 4.02% carne con frecuencia; y solamente el 6% de las viviendas tenía suministro de agua corriente. Véase Echevarría Salvat, *op. cit.*, pp. 18, 19, 27, 34.
36. Véase el anuncio en el *Diario de la Marina*, 25 febrero, 1958, p. 10A, "Alerta, mujer cristiana! Unete fuertemente a la Cruzada de la Moda Moral en el Vestir, Sé libre con la moda a tus pies, sirviendo a altos ideales. No seas esclava de una moda pagana, que pretende destruir lo más sagrado en la mujer, haciendo de ella un maniquí o una maquinaria. Confiamos en ti."
37. Rodolfo Reiso, "40 verdades dichas a los ricos," *La quincena* año IV, No. 9, 15 mayo, 1958, p. 15.
38. *Reflexión eclesial cubana*, "Reflexión de la Evangelización...", p. 39.
39. *Ibid.*, p. 40.
40. *Ibid.*, p. 40.
41. Nicolás Guillén, *Obra poética 1958-1972*, La Habana: Instituto Cubano del Libro, 1973, Tomo II, p. 180.
42. Véase, por ejemplo, el *Diario de la Marina* del 31 enero, 1958, con la noticia de que al día siguiente, "cumple cinco años de edad el gracioso e inteligente niño Fulgencio José Batista y Fernández Miranda, hijo del Honorable señor presidente de la República, mayor general Fulgencio Batista y Zaldívar, y de su bella y gentilísima esposa Martha Fernández Miranda. Con tal motivo y para celebrarlo, el pequeño Fulgencio se reunirá con los niños de la Casa de Beneficencia en una enorme fiesta en la que habrá una gran piñata y muchos regalos. También ese día se ofrecerá una rica merienda a los niños albergados en creches y asilos de toda la República" (p. 5A).
43. Se permitan, por ejemplo, anuncios comerciales como el siguiente: "Solicito mujer blanca, 40 años, cocinar y limpiar casa chica, corta familia," publicado en el *Diario de la Marina* el 9 de marzo de 1958 (p. 13C). Incluso dentro de la Iglesia —como lo muestran el caso del padre

Arencibia (mencionado antes) y la decisión del cardenal Arteaga (en los años 40) de abrir, finalmente, los seminarios a estudiantes negros— se respetaban esas normas racistas.

44. Andrés Valdespino, por ejemplo, poco después del triunfo de las fuerzas fidelistas, condenó esta actitud que prevalecía entre la burguesía católica: "y ciertos 'cristianos' de los que han vivido más apegados al cuidado de sus intereses que al espíritu del evangelio ('No amontonéis tesoros en la tierra,' advirtió Jesucristo en el sermón de la montaña), no ocultan sus temores ante una revolución que, para ellos, ha ido demasiado lejos en su falsa postura de un cristianismo aburguesado y egotista, de mucha 'novena' y 'medalla,' y de poca justicia y caridad. El eterno cristianismo farisaico de los sepulcros blanqueados ... esos 'cristianos, cegados por la codicia o preocupados sólo en acumular riquezas ... esos 'cristianos' de 'crónica social' que cotizan su 'altruismo' a tanto por lisonja y no se acuerdan de los pobres como no sea pregonando ostentosamente su 'espíritu caritativo'... esos 'cristianos' que se dan golpes de pecho en el interior del templo mientras explotan al obrero en su fábrica, atropellan al campesino en sus predios o humillan al criado a su servicio." Véase Andrés Valdespino, "El cristianismo de los sepulcros blanqueados," *Bohemia*, año 51, No. 11, 11 marzo, 1959, p. 64.

Por su parte otro intelectual católico, Angel del Cerro, advirtió la necesidad de que la Iglesia renovara su interpretación del evangelio: "mientras se siga teniendo la nostalgia de los viejos derechos, mientras se insista en argumentos pasados de moda, mientras se mantengan vinculaciones profundas con grupos sociales o económicos que se han desarrollado medrando en la injusticia y la desigualdad social, mientras su zona de influencia educacional siga siendo mayor en las clases ricas que en las clases pobres, mientras no se haga una práctica viva y ejemplar de la prédica de la justicia social católica, mientras esa misma prédica no se realice en el tono y medida que las circunstancias actuales lo demandan, mientras persistan los empecinamientos de las órdenes y las discrepancias de intereses, mientras se mantengan tantos pequeños esfuerzos dispersos de prensa, catequesis y propaganda sin una dirección y coordinación poderosa y eficaz, mientras luche más o menos abiertamente por cualquier privilegio, la Iglesia no estará calificada para la acción que las circunstancias demandan." Véase Angel del Cerro, "La Iglesia tiene que resucitar," *Bohemia*, año 51, No. 14, 5 abril, 1959, p. 79.

45. Citado en Aldo J. Bunting, "The Church in Cuba: Toward a New Frontier," *Religion in Cuba Today: A New Church in a New Society*, ed. Alice L. Hageman y Philip E. Wheaton, New York: Association Press, 1971, p. 111. En la *Reflexión eclesial cubana, op. cit.*, se cita la segunda frase solamente ("confiamos más en nuestros colegios y en nuestras instituciones que en Dios," p. 33).

El autor de esta ponencia quisiera agradecer a la Universidad Dalhousie, la Asociación Canadiense para el Estudio de América Latina y el Caribe, y el *Social Sciences and Humanities Research Council of Canada*, quienes suministraron los fondos para comenzar esta investigación. También quiere agradecer a todas las personas en Cuba quienes lo ayudaron durante el período de investigación ahí, en abril de 1984 y en enero de 1985, y sobre todo a Enrique López Oliva, de la Universidad de La Habana; Israel Echeverría, de la Biblioteca Nacional "José Martí;" y al padre Carlos Manuel de Céspedes, secretario general de la conferencia episcopal cubana. Las conclusiones de este proyecto, sin embargo, son responsabilidad del autor. Finalmente quiero agradecer a varios colegas de mi universidad, Antonio Ruiz San Salvador, Bibiana Burton y Luis Guajardo, quienes me hicieron sugerencias valiosas sobre el manuscrito.